



Masselin tiene alas

va a ser madre y que sufre por ello. Ahora, al menos, se jugará la vida por algo tan importante como un hijo.

EL HOMBRE QUE SABIA VOLAR

La de Gerard Masselin ha sido una bonita historia, con su pequeño drama de fondo y con una buena dosis de sentimentalismo, muy al gusto de los franceses. El hombre que arriesga su vida para cumplir lo pactado con su hermano; la novia que no puede contener las lágrimas; el padre que trata de frenar en vano la audacia del héroe, pero que al final se muestra complaciente... Y una decisión indeclinable: «Juré a mi hermano que, si a él le ocurría alguna desgracia, yo continuaría. Por eso estoy aquí.»

Todo sucedió en el pequeño aeródromo de Doncourt-les-Confians, cerca de Metz. Fueron testigos 5.000 aficionados, o simplemente curiosos, que estuvieron pendientes del desarrollo de un espectáculo inédito: un hombre iba a volar.

Gerard Masselin empezó por desafiar a la nueva reglamentación francesa, que prohíbe a los llamados «chombres-pájaro» realizar ninguna clase de ensayos o pruebas. Después, los ruegos de su padre y de su novia fueron desoídos. Anteposó el juramento a toda otra consideración.

El día señalado comenzó con un homenaje a su hermano Guy, muerto un año antes en una experiencia semejante. Minutos más tarde, ya en el avión desde el que se lanzaría, Masselin contó con

la compañía de su novia, la encantante Odette Bouguet, una muchacha rubia no muy dispuesta para el heroísmo estéril, al fin y al cabo una mujer como las demás.

Pose a todo, Gerard, revestido con su traje de hombre-pájaro y provisto de unas alas de mayor superficie que las de su hermano —más seguras, pero también de manejo más delicado—, saltó al vacío desde una altura de 3.000 metros.

Desde el aeródromo, la multitud le observaba guardando un silencio impresionante. Primero se vio cómo un pequeño punto negro brotaba del aparato y quedaba inmóvil mientras este se alejaba. Segundos después el punto negro crecía y se transformaba en una silueta humana que descendía velozmente. De pronto, se advirtió cómo desplegaba sus alas y continuaba el descenso, ahora más lentamente, planeando. Cuando se hallaba a menos de doscientos metros del suelo se abrió el paracaidas y Gerard aterrizó sin novedad. Una clamorosa ovación marcó el final de la hazaña.

Esta es la historia. Cualquiera día la veremos en el cine, porque posee los ingredientes necesarios para conseguir un gran film popular: amor, drama, heroísmo, aventura...



«Bonjour tristesse»...



LONDRES: FESTIVAL DE MUSICA CONTEMPORANEA

España presentó «Formantes», de Cristóbal Halffter

SIEMPRE resulta muy difícil el tener que hablar uno de su propia obra, y esto se agrava cuando esta obra ha representado la música española en un Festival de la categoría y trascendencia como el que se ha celebrado hace unos días en Londres. Lo único que puedo decir, sin temor a equivocarme, es que mi obra no ha sido ni peor, ni mejor que las demás, ni más vieja, ni más nueva que las otras, pero sí diferente. Esto quiere decir que la música española está totalmente incorporada a las corrientes de la vanguardia de la música mundial, que nos expresamos con unos medios que son comunes a todos aquellos compositores de la nueva generación que intentan una renovación del lenguaje sonoro para que este esté a la «cultura de los tiempos en que vivimos». Pero también quiere decir que nuestra música presenta una visión personal de los problemas, nacida de la fuerza que caracteriza siempre todas las actividades del espíritu eminentemente españolas.

Observando las manifestaciones del Festival como mero espectador, se notaba cómo las obras de Kotonski (Polonia), Togni (Italia), y de algún otro compositor nacido en la periferia de Europa, tenían un algo personal que no responde a la bondad de la obra, pero sí a la personal estructuración de la forma musical. En cambio, a las obras de los compositores pertenecientes a los países del centro de Europa, se les notaba como un algo común, y algunas veces ese algo parecía gastado y sin haber el compositor pensado su obra como labor de su propia personalidad. Mi obra podría pertenecer perfectamente al primer grupo, con lo que se reforzaría la teoría de que el mundo del arte está intentando su renovación por los centros culturales, un tanto alejados de la Europa central, donde durante años y años ha estado el núcleo más importante de su cultivo. ¿Será esto un hecho que presenciaremos en los próximos años? La pintura española ya ha dado una buena muestra de cómo estamos a la cabeza de todo cuanto en el mundo se hace; la música española de última hora está intentando seguir los pasos de la joven pintura, tomando a esta como modelo y ejemplo. En este año —y en el próximo— en los Festivales más importantes dedicados a la nueva música se incluyen —e incluirán— obras nuestras; editoriales de la más alta categoría tienen en sus catálogos nombres de compositores españoles... Y así podría enumerar mil pequeños detalles que hacen, de un lado, que nuestra labor sea más apreciada y, de otro, que nuestro trabajo se haga con un mayor sentido de esa responsabilidad, tan enorme, que estamos contrayendo ante España y el mundo.

En el éxito de mi obra contribuyeron eficazmente los pianistas que la tocaron, que hicieron posible que una partitura, llena de dificultades, fuese recibida por el público como algo normal y lógico. María Manuela Caro, Manuel Carra como intérpretes, y yo como compositor, hicimos todo lo posible por dejar la música española a la altura que el mundo, en este momento, espera de ella.

CRISTOBAL HALFFTER

ON ANTOLOGICA DE ZULOAGA

VENGO de visitar la exposición Zuloaga. Al final de la temporada, luego de haber contemplado durante meses la obra de centenares de pintores abstractos, convidaba la ilusión a descansar un tanto de todo ello, a desear un poco de figuración, de temático, hasta de anécdota. Y la misma ilusión certificada casi de que el fuerte don Ignacio, que se sostiene en una sala de museo de arte novecentista con cinco o seis cuadros, seguiría siendo sólido en una numerosa retrospectiva. No ha sido así. Antes bien, se han cometido, a mi entender, varios errores garrafales, que conviene destacar.

El primero, el de la poca oportunidad. Zuloaga murió en 1945; pues bien, todavía no está su nombre maduro para la total gloria póstuma, si es que se deseaba ésta por los organizadores. Había que esperar más años para una consagración muy aparte del considerabilísimo éxito gozado, en tanto vivió, por el pintor ebarrés. Porque una cosa es la fama en vida, a la que no dejaba de ayudar su potente personalidad, y otra bien diferente es la antología de lo mejor posado por la acción del tiempo. Pero el segundo error es bastante más lamentable. Sentimentalmente, en lugar de buscar ese mejor de don Ignacio, los organizadores han acopiado lo más, y la cantidad ha desbordado la calidad. Noventa y cinco obras enumera el catálogo, y entiendo que no

sobran más que setenta. Setenta, desde la 26 ó desde 25, dejemos como último gran retrato garboso por Zuloaga el de la duquesa Rosario de Alba. Su fecha, la de 1921. Y todo lo restante, es ya la labor de un Ignacio Zuloaga muy menor con respecto a los primeros treinta años de trabajo, los que constituyen la clave de su largo, ancho, justo y efectivo escrito. Época aquella todo lo escenográfica y tópica que quieran ustedes, pero en la que había reciedumbre, garbo, brío, supervivencias barrocas, todo ello en dición abundantemente personal. ¿Cómo olvidar aquellos retratos de la Noailles, de Barrás y de Larreta, ni los engendros y tipos deformes que tanto ayudaron a la fama zuloaguesca? Algo tanta el agua cuando la dendección, aunque las frases de bendiciones antologadas en el catálogo convengan tan poco. Lo que difícilmente puede dar lugar a dendecciones es lo hecho por el artista en los últimos quince años de su vida. Con algún cuadro tan rematadamente malo, tan perversamente malo, que estoy pensando si le han enviado a la sala de Amigos del Arte los Enemigos del Arte y de don Ignacio.

Lo siento. Yo hubiera deseado para Zuloaga algo bastante más emaltecido. Creo que el hombre lo merecía. Y no tengo yo la culpa del resultado.

JUAN ANTONIO GAYA NURO